

ANTONIO DUPLA ABADAL

Me ruega la Redacción de ARCHIVOS DE BRONCONEUMOLOGIA que escriba una «nota necrológica» sobre ANTONIO DUPLA. Confieso que me da mucha pereza el revolver recuerdos y más recuerdos, hoy tan tristes para mí. Pero si he de hacerlo, pues manos a la obra: Antonio fue el amigo de todos... (sí, pero ¿qué debo añadir?, ¿elogiarle a tope, al estilo convencional? No. Me temo que a Antonio no le haría gracia).

Era un gran tipo, un tipo singular. Tuvo sus concomitancias previas con la Cardiología. Cuando llegó a nosotros creí ver en él un injerto heterólogo. De esos que caen un día por nuestras reuniones y después no les vuelves a ver el pelo. Una vez más me equivoqué, el injerto prendió y con qué fuerza; hasta tal punto que su presencia espiritual entre nosotros perdurará. Y de ello bien seguro estoy.

Para una figura tan fuera de lo corriente, no merece la pena pararse a buscar argumentos con que honrarle. Tiene más atractivo *ahondar en sus defectos reales o aparentes*. Tratar de sacar a la luz cómo era él. (Quizá si Antonio leyera esto, para sus adentros sonriéndose, mascullara: «¿habrase visto, defectos, yo? ¡Pero a este Paco qué cosas se le ocurren... Si ya decía yo que no debiera darle tantas confianzas!»)

Nos conocimos en mayo de 1965, durante una memorable reunión científica organizada por Fernando Lahoz y Antonio Sastre en la Clínica de la Concepción —una brillante exposición de Fisiopatología Respiratoria, a nivel nacional—. En el banquete de clausura caímos al lado Antonio y yo. Durante la cena debimos hablar de cosas insustanciales, ya que no saqué una impresión concreta de él. De lo que ya no estoy tan seguro es de la idea que Antonio se hizo de mí: digo esto, pues sin que nadie me invitara, a los postres, me levanté a elogiar la alta calidad del curso y de quienes fueron nuestros profesores. De esos instantes conservo unas fotografías en que se nos ve a los dos: Antonio con la mirada perdida en la mesa, pero con un cierto aire zumbón. De modo, que vaya usted a saber qué estaría pensando de mí.

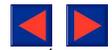
Volvimos a encontrarnos meses más tarde en el hall de un hotel de Pamplona, con motivo de la X Reunión de la Sección Española de la AIEB (Asociación Internacional para el Estudio de los Bronquios). En realidad fue allí la verdadera toma de contacto y donde, aunque rezongando por mi parte, empezó a germinar nuestra alborotada y permanente amistad. A Antonio le encontré cambiado. No se parecía en nada a mi vecino

de mesa en Madrid. Menuda diferencia. Ahora más bien recordaba a un vendaval. Por primera vez nos «comió el coco» a los contertulios preotoñales de entonces, asiduos a las reuniones de la AEIB. Si la memoria no me falla, entre ellos figuraban López Mejías, Coll, Cornudella, Lahoz, Carretero, Morente, García Echeverría y algunos más. En aquella tertulia de recién llegados quien llevaba la voz cantante era él, locuaz, ingenioso, optimista, vivaz, dicharachero, intercalaba en sus peroratas citas humanísticas, históricas, literarias que a mí me dejaban «cortao». Era un tipo con otra mentalidad, otro sentido de la vida, incluso parecía adivinarse que pensaba de otra manera que nosotros, tan buenos chicos, eso sí. Cuando al final de la tertulia, un pelín mareado me fui hacia mi habitación, iba pensando con esa clarividencia que Dios me ha dado —incrementada si ha habido alcohol por medio—: «¡Bah, este Duplá es un charlatán que lo que le divierte es hundirnos en la miseria cultural a los demás!».

Después, él ha seguido comiéndome el coco y yo he continuado refunfuñando, bien es cierto que cada vez más en tono menor, pero desbarrando de cuando en cuando, porque aún achuchaba demasiado. Por ser los dos unos noctámbulos hemos acabado por entendernos bastante bien, aunque con las espadas en alto. Y ahora, cuando al fin pacíficamente dialogábamos, mira por donde...

En los congresos, una de nuestras obligaciones «extras» era acompañar —aunque a una cierta distancia— al vigilante nocturno del hotel. Siempre la misma escena, el hall medio en penumbra, una lámpara de pie por toda iluminación, alrededor cuatro butacas, un sofá, en el centro una mesa pequeña con ceniceros y no en todas las ocasiones una botella de whisky. Algunos de los congresistas preotoñales de entonces recostados en sus asientos. Antonio como uno más; aunque no sé cómo se las arreglaba para al poco tiempo ser quien encauzaba la gresca o la discusión, que de todo había en la viña del Señor. Generalmente entre los más rezagados en abandonar aquella especie de garito solíamos estar los dos, en algún tiempo además de otro excepcional «parroquiano», me refiero al inolvidable Ramón Zumárraga.

De esta guisa y a expensas de volver de los Congresos con el estómago maltrecho, la garganta reseca y demacrado del poco dormir, creo que he llegado a comprender una buena parte de la *compleja personalidad* de nuestro buen amigo: Antonio disfrutaba con adornarse de un cierto aire de



lobo feroz. Pero solamente si participaba en su deporte favorito, *la polémica*. Esa supuesta transfiguración quien más directamente la presentía era su interlocutor, y en particular si se trataba de un primerizo frente a él. El lector recordará aquellos silencios expectantes que precedían en las Asambleas a sus intervenciones. La concurrencia aguzaba el oído y se decían entre ellos, a veces frotándose las manos. «¡Oye, prepárate, que va a hablar Duplá!». Tras mi largo pupilaje a su lado debo desenmascararle y confío que no se enfade conmigo desde el más allá: *¡De lobo feroz... a lo más... simples apariencias!* La primera vez que se le escuchaba, su incisiva verborrea podía confundir al personal. Después, tras oírle repetidamente sus polémicas, te seguían interesando, incluso divirtiéndote con la finura que repartía «estopa» alrededor. Pero no podías dejar de reconocer, *que este Antonio no tiene arreglo, es una especie de Don Quijote, a veces abogado de causas perdidas y aunque no se lo crea —¡cualquiera se lo dice!— es más bueno y más ingenuo que un cacho de pan»* (y esto que digo, no es aprovechable como incienso en una nota necrológica).

A pesar de que hoy esté muy depreciada la figura del «líder», Antonio era un líder nato. Le ayudaban sus ademanes, su mirada, la seguridad con que se desenvolvía en cualquier ambiente, la fluidez de su palabra, su estar al día en todas las ramas, su propensión a no pasar desapercibido e incluso su tono de voz. Pisaba fuerte y seguro. De esta especie hay bastantes ejemplares en este pícaro mundo. Sólo que Antonio añadía a todo esto una rara cualidad, era un *hombre auténtico* y por serlo aguantaba una calicata espiritual profunda. Y eso ya es otro cantar. La palabra de un simple «quidam», como yo, que le he chinchado bien de todos modos no tiene demasiado valor, pero aun así, mi honesta opinión es que Antonio *nunca ha sido un líder de pacotilla*, de esos que tanto abundan ahora.

Por ejemplo, acaso se le podía tildar de contreras y de apasionado que apabullaba con su locuacidad. Es posible, pero a la vez era un buscador infatigable de la VERDAD. Ante la verdad se plegaba y encima pedía excusas. En este sentido *su gran cualidad es que sabía escuchar*. Durante la polémica te escuchaba con respeto y con la mayor atención, y si entre los argumentos que utilizaba el antagonista (joven o maduro) encontraba *peso y fiabilidad*, la discusión inmediatamente finalizaba. Más o menos, Antonio venía a decir: «Si eso es así, como tú dices, no tengo más que objetar», a la vez levantaba el antebrazo en un ademán de disculpa. Y se acabó.

En cambio, si los argumentos no le convencían, aquello se podía eternizar. Merece la pena «recrear» tales contiendas de nuestro protagonista dentro de la SEPAR. Desde la mañana, se le no-

taba impaciente por entrar en la «cancha» (me estoy refiriendo, naturalmente, a la tarde que el Congreso dedica a la Asamblea General). En ella, Antonio se tenía elegido su asiento, más o menos, en primera fila, junto al pasillo central, generalmente en la parte izquierda de la sala, para más señas frente por frente a la Presidencia —así que a las «autoridades» les daba todas las facilidades de una buena audición—. Y me sospecho, que el ladino de él, previamente se estudiaba la estrategia general: los pros y los contras de las nuevas propuestas, así como la personalidad dialéctica del probable relator.

El esperaba en el «banquillo» con aire inofensivo e indiferente la llegada del «tema» motivo de sus intereses, generalmente modificaciones de los reglamentos o en las tradiciones de nuestra Sociedad que él no juzgaba conveniente. (Se me olvidaba decir que en su conducta, Antonio siempre se ha comportado como una «conciencia supletoria» dentro de la SEPAR, una especie de romántico «defensor» a ultranza de la Sociedad y de sus socios en general). Cuando al fin llegaba «su tema» seguía con especial cuidado las razones y motivos de tal propuesta. En cuanto se abría la «discusión», Antonio con un cierto aire desgastado se levantaba. (Y lo que son las coincidencias, justamente, en ese momento a alguien de la Presidencia le entraba una cierta desazón. No siempre, claro está). Y empezaba a hablar... A pesar de ser un gran extrovertido, en tales circunstancias tenía un gran dominio sobre sí mismo, rebatía los argumentos del relator de una manera fría como si se tratara de un hombre calculador, con escuetas razones sin añadir una palabra más de las necesarias. Después callaba, dando paso a su interlocutor. Oía, sin mover ni una pestaña y volvía de nuevo a la carga, una o cien veces más. A todo esto siempre sereno y tranquilo, generalmente sin repetirse, ni inmutarse, sin cambiar en ningún momento el tono de su voz.

Aquello era una gozada, una verdadera lección de compostura con el contrario. Jamás daba a la polémica un tono ofensivo, ni el más ligero matiz peyorativo personal. En ocasiones le convencía el relator, otras veces él acababa por fatigar y rendir física y mentalmente a su interlocutor.

Sin embargo, tras ese «tour de force», lo más ejemplar venía después: ganase o perdiese, el gesto inmediato de Antonio Duplá era irse hacia su contrincante con la mayor naturalidad y siempre con aire conciliador. El motivo era congraciarse, cuanto antes, con él, *que no quedara el equívoco de que disientir conceptualmente fuera sinónimo de enemistad ulterior*.

El mejor legado que nos ha dejado Antonio y que no hemos de olvidar es que *«debemos discutir hasta el extremo en la búsqueda de la Verdad,*

pero, como él, practicando el juego limpio —fair play—. No hacer nunca de la discusión un problema personal.

(Se me quedan en el tintero los aspectos más entrañables de nuestra amistad, por ejemplo: los «gorrazos culturales», que entre carcajadas nos daban Antonio y Julio López Mejías a Fernando Lahoz —nuestro anfitrión durante una larga temporada— y a mí.

El papel de «conciencia supletoria» que mantenía conmigo. En esas escandaleras que a veces injustamente organizó. Si él era testigo, sin andarse por las ramas me espetaba a bocajarro, en cuanto nos quedábamos solos: «¡Paco... no tienes razón!».

El humor con que acogió mis «gansadas» en su homenaje al jubilarse.

Su valiosa ayuda como fisioterapeuta en los cursos que organiza Leopoldo Sánchez Agudo en nuestro Hospital.

Nuestra relación familiar. Es una familia tan brava, ¡con decir que nos sorprendieron en bloque un verano en Melgar!

Etc., etc...

Si me vuelvo a encontrar con Antonio —y en eso confío, con una buena recomendación suya— no me olvidaré preguntarle:

—«¿Cómo te las arreglabas, allá abajo, para hacerse tan amigo de todo el mundo?»

—«¿Y ahora, con quién discutes?»

—«¿Formas parte de alguna “sociedad celestial”?»

—«¿Qué fichas estás haciendo, aquí?»

Alejándonos tras rodear una nube, no me extrañaría nada que empezásemos otra vez a discutir. Elevando el tono de su vozarrón me figuro que como siempre discrepará: «¡Paco, estás equivocado!». Y yo, muy bajito y un poco asustado, le diré: «¡Antonio, no grites tanto, que nos van a echar!». «¡Tú, Paco, tranquilo, pero si ya tengo en el bote a media corte celestial!».

¡Qué pena, Concha, y qué orgullo, muchachos, que habéis tenido un padre así!

Antonio, descansa en paz.

PACO GUERRA